

ASCENSO, PRESENCIA Y COLAPSO DE LA INDUSTRIA EN COLOMBIA (1900-2014)

Gabriel Poveda Ramos

2014

En 1904 alboreaba el siglo XX. Colombia contemplaba aterrada 10.000 osamentas en Palonegro y ardía de indignación por el zarpazo de Panamá, sufrido en el año anterior. Providencialmente, el 7 de agosto juró como Presidente el General Rafael Reyes Prieto, uno de los escasos 13 grandes mandatarios que nuestra historia registra. Sobrevivían en un país paupérrimo, unos 4 millones de habitantes, cultivando una agricultura pre-colombina, de corte medioeval, y ejerciendo un pequeño comercio interno de muy corto alcance. Exportando algo de oro y de café, el país traía lo poco que requería para sobrevivir. Fábricas propiamente, solo existían quizá una docena: la cervecería Bavaria en Bogotá, las ferrerías de La Pradera y Amagá, una locería y una vidriería cerca a Medellín, el ingenio Manuelita en Palmira, Tejidos Obregón en Barranquilla y dos o tres empresas semejantes.

Reyes se dedicó con afán, con inteligencia y con éxito a salvar el país de la desaparición: Creó una moneda nueva (el peso colombiano, equiparado con el dólar); fundó el Ministerio de Obras Públicas; subsidió nuevas fábricas; inició la construcción de carreteras; re-emprendió la construcción de ferrocarriles, y construyó 350 km de carrileras; creó el Banco Central, precursor del actual Banco de la República,; con esmeraldas y con oro físico antioqueño pagó la mayoría de la deuda externa. Su política pre-keynesiana alentó la fundación y el crecimiento de nuevas fábricas: Tejidos de Bello en 1903, Coltejer en 1907, una refinería de petróleo privada en Cartagena, el Ingenio de Sincerín en Bolívar, la fábrica de Postobón en Medellín (1904), Cementos Samper en La Calera (1909), Tejidos De la Espriella en Cartagena, Cervecería La Antioqueña en Itagüí y otras. Eran empeños de empresarios privados, muy industriosos, estimulados por un gobierno claramente intervencionista y colombiano. Reyes expidió un decreto legislativo ordenando una reforma aduanera decididamente proteccionista, que desagradó profundamente a la burguesía importadora de Bogotá y Medellín. Y ordenó emprender una reforma agraria que hubiera sido tan importante como la que quiso hacer López Pumarejo en 1936. Pero plutócratas y latifundistas de ambos partidos decidieron hacerlo asesinar y casi lo logran. Finalmente tuvo que abandonar la Presidencia y el país, antes de concluir su período constitucional de 6 años.

Pero el país había entendido la lección de empresarismo e industria que Reyes le enseñó. La planta hidroeléctrica de El Charquito (Soacha, 1900), la de Santa Elena (Medellín, 1897) y la del río Lebrija (Bucaramanga, 1904) encendieron las luces de la electrificación, que después impulsaría a la industrialización con gran vigor.

Autores como James Parsons, William McGreevey, Robert Brew y Álvaro López Toro señalan que el nido fecundo de la industrialización nacional fue Antioquia, debido a un conjunto especial de factores que se conjugaron allí al inicio del siglo XX, como fueron:

- a) la acumulación de capitales originados en la minería de oro autóctona, vieja ya entonces de casi un siglo en esa provincia
- b) la presencia en esa montañosa región de numerosas caídas de agua y de una vasta región carbonífera, que producirían la electricidad y el vapor que requirieron las fábricas desde sus comienzos

c) la experiencia y el espíritu schumpeteriano ganado por los grupos acaudalados de Antioquia, gracias a su trabajo como mineros, como hacendados cafeteros y como comerciantes importadores de bienes de consumo desde Jamaica.

d) la proliferación del cultivo del café, que dio lugar a la formación de una mano de obra laboriosa y disciplinada, y con capacidad de compra de bienes de consumo

e) la disponibilidad temprana de un ferrocarril que ligó a Medellín con el río Magdalena y el mar, por donde entraron desde comienzos del siglo XX las máquinas, las materias primas, las mercancías, las herramientas, los insumos y las ideas que se necesitaron para hacer del Valle de Aburrá el primer fuerte nicho manufacturero de Colombia.

g) la presencia en el territorio antioqueño de materias primas minerales como las calizas, las arcillas, los feldspatos, el carbón y el cuarzo, que dieron base para establecer varias fábricas de cerámicas, lojería, vidrio, cemento, alfarería y otras análogas

h) finalmente, pero no de menor importancia, sino de efectos definitivos, fue la presencia desde fines del siglo XIX en Medellín de la Escuela Nacional de Minas, cuyos ingenieros, profesores y egresados, fueron siempre protagonistas activos del desarrollo fabril, eléctrico y mecánico de Antioquia.

Hacia 1920, Medellín era, con Sao Paulo en el Brasil y Monterrey en México, una de las tres ciudades más industrializadas en Latinoamérica.

Ya en el decenio de 1910 a 1920 había en el Valle de Aburrá y en Bogotá y alrededores un plantel notable de establecimientos como molinos de harina, fundiciones, talleres metal-mecánicos, alfarerías, imprentas y pequeñas fábricas textiles. Algo así había también en Barranquilla, donde además había una importante actividad industrial en los astilleros que construían los barcos y los equipos a flote que navegaban en el río Magdalena.

Entre 1914 y 1918 la Gran Guerra europea restringió severamente las importaciones, y dio ocasión a que las industrias de bienes de consumo ya existentes expandieran sus producciones. Además ocasionó que aparecieran nuevas fábricas de alimentos, de hilados y tejidos, confecciones, artículos de madera, muebles metálicos, cervecerías, tabaco y medicamentos sencillos. En seguida, en el decenio de los años veinte, el país vivió un gran auge económico, especialmente en los sectores de la industria manufacturera, en los ferrocarriles, en las comunicaciones, en la edificación urbana, y en la navegación fluvial, auge que es forzoso ligar estrechamente con el nombre del gran gobernante que fue el General e Ingeniero Pedro Nel Ospina, otro de los grandes Presidentes industrializadores y constructores de nuestra historia. Su gobierno impulsó desde 7 % a 12 % el aporte de la industria al PIB de Colombia, en solo cuatro años.

Es indispensable hacer aquí un paréntesis para recoger en este punto, reunidos, los nombres de los ocho presidentes que sobresalen nítidamente en nuestra historia económica como grandes promotores de nuestra industrialización durante el siglo XX. Fueron ellos: Rafael Reyes Prieto, Pedro Nel Ospina Vásquez, Alfonso López Pumarejo, Eduardo Santos Montejó, Mariano Ospina Pérez, Gustavo Rojas Pinilla, Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo. Hacerles el mérito debido en este escrito, nos llevaría demasiado lejos. Baste decir que, según mis cálculos, al menos la mitad del crecimiento fabril desde 1901 hasta 1991 (fecha del funesto puntillazo Gaviria contra nuestra industria), no menos de la mitad de la actividad de este

sector en esta fecha (cuando aportaba el 24 % del PIB, en total), se debió al trabajo de uno de aquellos grandes gobernantes.

Los dos decenios transcurridos desde 1920 hasta 1940 fueron en Colombia un período de formidable crecimiento fabril (salvo el breve lapso de 1930 a 1933, años de la Gran Crisis mundial). El valor agregado del sector creció en aquella época a tasas del 8 y el 9 % anual, durante varios años; el empleo fabril creció como la espuma, de 40.000 a 150.000 personas a lo largo de los 20 años; el consumo anual de electricidad industrial subió en ese mismo período de 8 a 74 millones de kWh. La producción anual de telas de algodón pasó de 20 millones de m² a 100 millones; y la de cerveza pasó de 80 hectolitros en 1920 a 700 hectolitros en 1940. Muchas nuevas tecnologías de uso industrial y de uso múltiple entraron al país en aquellos años: la aviación, el motor diesel, las radio-comunicaciones, la refrigeración mecánica, la radiodifusión, la refinación de petróleos, las mini-centrales hidro-eléctricas, el tractor y la maquinaria agrícola, las máquinas para movimiento de tierras, las torres de destilación modernas, el acondicionamiento de aire, etc., etc. La administración Ospina Vásquez hizo construir más de 850 km de ferrocarriles y auspició resueltamente el desarrollo industrial. Además, suyas fueron las primeras leyes de beneficio para trabajadores, como la del domingo remunerado, la de los servicios médicos para trabajadores y los hospitales obreros.

En 1931 aparecieron las leyes liberales de cooperativas, de sociedades anónimas y de aranceles aduaneros. El país progresaba a largos pasos en términos porcentuales en su economía y en avances sociales. Tasas del 6 y 7 % anual fueron alcanzadas por el PIB en los años del último quinquenio de los treinta, como se logró durante el primer gobierno de López Pumarejo, quien creó el Ministerio de Comercio e Industria, y quien produjo la más rica colección de leyes laborales justicieras sobre prestaciones sociales para los trabajadores y sobre sindicalismo, así como una extraordinaria reforma educativa y la primera gran reforma tributaria moderna. Y si su Ley 200 de 1936 sobre reforma agraria no hubiera sido sabotada por los latifundistas reaccionarios de los dos partidos, por los jefes pro-falangistas de entonces, y por la Iglesia Católica, es indudable que Colombia no hubiera sufrido el baño de sangre campesina que ha sufrido desde 1947 hasta hoy.

El gran proceso industrializador de los 30 años desde 1920 hasta 1950, liderado por presidentes eminentes de ambos partidos, ya mencionados, fue obra de cinco grandes fuerzas económicas endógenas: el crecimiento de la población, que de 5.8 millones de personas en 1918, pasó a 11.5 millones en 1951, según los censos respectivos; la urbanización acelerada; la producción y exportación de café; la electrificación de las ciudades; y la producción de algunas materias primas (petróleo, carbón, granos, calizas, caña), fuerzas que fueron combinadas y amplificadas por auto-sinergias favorables y por epi-fenómenos como la extensión de la educación básica, el progreso técnico general y la Segunda Guerra mundial. Esta fue la época afortunada cuando los gobiernos y los empresarios privados creativos fundaron las grandes instituciones industrializadoras y modernizantes de Colombia: la Federación Nacional de Cafeteros, la Caja Agraria, el Instituto de Fomento Industrial, el Instituto Colombiano de Seguros Sociales, la Asociación Nacional de Industriales, la Asociación Colombiana de Pequeños Industriales, el Instituto Colombiano Agropecuario, el Instituto de Fomento Eléctrico y el Instituto de Fomento Algodonero, que fueron eficaces propulsores del progreso económico general y del progreso fabril colombiano. Dos grandes empresas industriales estatales nacieron entonces en ese lapso: Paz de Río en 1948 y Ecopetrol en 1951. No fue fortuito que esa fuese también la "grande época" de la navegación fluvial y de los ferrocarriles nacionales.

Más admirable fue el crecimiento de nuestra naciente industria cuanto que ese proceso tuvo que arrostrar y superar una persistente escasez de capital, una crónica insuficiencia de divisas, una baja productividad

agropecuaria y un pecado insoslayable, cual fue la casi total ausencia de investigación autóctona dirigida a generar tecnologías apropiadas para nuestra industria, lo cual nunca hicimos en Colombia, la verdad sea dicha.

Los 40 años de 1950 a 1990 fueron de progreso sostenido para la industrialización colombiana, con algunos baches transitorios. Durante ese lapso el sector textil colombiano se hizo admirado en Latino América por su elevada productividad, por su capacidad exportadora y por la calidad de sus productos, como lo testificó un vasto estudio evaluativo que realizó la CEPAL en los países textiles del Continente en 1963 y 1964. Hacia 1961 nació con esfuerzos la industria automotriz nacional, la que con el tiempo llegó a ensamblar vehículos de gran calidad. Las industrias químicas básicas y las para-químicas se expandieron exponencialmente en los años cincuentas y sesentas. Surgieron los polos petroquímicos de Mamonal y Barrancabermeja. Nuestra siderurgia fue siempre pequeña (escasamente llegamos en 1990 a superar el millón de toneladas anuales de producción de acero crudo) pero nuestro acero fue siempre acero fino. Las 18 plantas cementeras atendieron ampliamente la masiva construcción de vivienda que exigió la caudalosa urbanización de aquel cuadrenio. Los industriales y los técnicos cerveceros colombianos (ya sin tutores alemanes) producían un excelente producto, al costo de 10 centavos de dólar la botella cuando en EE.UU. eso mismo costaba 1 dólar. El papel nacional costaba más que el mismo en Finlandia o Canadá, por nuestras pequeñas economías de escala, pero la calidad era igual o mejor. Por conocimiento profesional propio y directo puedo afirmar que nuestras fibras sintéticas eran de calidad igual o mejor que las alemanas. En aquellos 40 años el país aprendió a producir multitud de productos nuevos; mejoró la calidad de muchísimos más, con ayuda del Icontec; absorbió todas las tecnologías que requirió en el extranjero (aunque pagando altos costos por regalías y patentes). Pero, en términos generales, no es cierto que nuestras calidades fabriles fueran sistemáticamente deficientes. La prueba es que en 1991 (el año del puntillazo Gaviria) exportábamos más de 400 posiciones arancelarias de artículos manufacturados, bien fabricados.

Durante esos 40 años hicimos pocos errores graves en materia de selección y transferencia de tecnologías. Que yo recuerde (entre muchas industrias que vi nacer, o que ayudé a hacerlo, entre 1950 y el 2000, como funcionario y consultor fabril) solo ocurrieron 5 o 6 grandes errores fabriles: la fábrica de Sucroquímica en Palmira, fábrica mal comprada a una empresa hindú, para producir ácido cítrico por fermentación de mieles, pero que nunca funcionó. Otro fue el caso de Forjas de Colombia, en Bucaramanga, con un martillo mal diseñado que nunca produjo lo que el mercado colombiano sí requería. Falló una planta en Medellín para hacer chapa de cascarilla de café aglomerada con resina fenólica, que se compró mal por no hacer previamente la necesaria investigación experimental; y fracasó una planta en Ibagué que debía producir aceite de cutícula de arroz y que no logró hacerlo a nivel comerciable. Paz de Río hizo la tremenda equivocación de subir un tren de laminación de acero en caliente (llamado Stekel), ya usado en Chile y subdimensionado (de ínfimas 30.000 ton/año de capacidad!!), a 2.640 metros de altura, en Belencito, equipo que casi nunca operó, y que se debiera haber dejado en Barranquilla para laminar lingote importado. Además, esa empresa cometió otro error funesto en cuanto demoró casi hasta su agonía el montaje de la colada continua del arrabio en la descarga de los hornos, para hacer la palanquilla. Todo esto, sumado a la altísima acidez fosfórica del mineral de hierro, que cada seis meses se comía el revestimiento del pequeño alto-horno que allí hubo, siempre hicieron de esa planta un negocio poco viable. Pero estos errores, entre miles de fábricas que nacieron y prosperaron en el medio siglo de 1940 a 1990, son más bien lunares escasos que resaltan en un fondo histórico-económico de éxitos que testifican el buen criterio técnico de ingenieros y empresarios que hicieron y manejaron exitosamente miles de pequeñas, medianas y grandes fábricas en esos años. Sectores que fueron tecnológicamente exitosos en ese período fueron los textiles, los

cementos, las manufacturas metálicas, la construcción de maquinaria mecánica, las manufacturas de plásticos, las madereras y sus construcciones, las confecciones, las curtidurías y los artículos de cuero, los productos de caucho, los refinados de petróleo, los fertilizantes, los muchos rubros de alimentos y bebidas y las paraquímicas, para dar solo unos pocos ejemplos.

Sin embargo hay que subrayar que una de nuestras mayores falencias, casi sin excepciones, en esta historia fue la de haber dependido, en todos los sectores industriales de tecnologías importadas, a muy elevados costos en divisas, y contrapuestas a la dotación de factores de producción de Colombia, donde el capital es escaso, la mano de obra es abundante y creciente, y los recursos naturales son abundantes. En 90 años de historia positiva, nuestros industriales no inventaron ni un solo producto, ni un proceso, ni un mecanismo, ni un insumo, ni un uso nuevo, que fuera autóctono y económicamente valioso, salvo dos o tres excepciones.

También hay que registrar como error nacional generalizado, el que casi todas las fábricas del país se erigieron sin parar mientes en los problemas de contaminación ambiental y de insalubridad pública que aquéllas crearon. Éste fue un gran pecado por acción de los empresarios, y pecado por omisión del Estado Colombiano, pecado que éste sigue cometiendo hoy por complicidad con los empresarios extranjeros.

Pero en el largo plazo, y descontados los errores y las falencias, la industrialización de Colombia le reportó al país numerosos y grandes beneficios al país, en muchos sentidos. Los más notorios de tales beneficios fueron:

- 1°- El sector industrial nos suministró muchísimos productos y bienes que eran y son indispensables, o simplemente necesarios, durante largas épocas de severas crisis cambiarias, cuando la escasez de divisas no permitía importarlos
- 2°- Las industrias dieron lugar a la incorporación al país de muchas tecnologías, procesos, métodos, conocimientos y demás recursos técnicos nuevos y productivos, que luego se difundieron con amplios beneficios a otros sectores económicos como la minería, la agroindustria, la construcción, los ferrocarriles, los transportes, etc.
- 3°- La actividad del sector industrial indujo la creación de numerosas carreras profesionales universitarias y tecnológicas que aquélla demandaba, como la Ingeniería Industrial, la I. Mecánica, la I. Química, la I. Metalúrgica, la I. Eléctrica y la electrónica, la Tecnología de alimentos, la Estadística, y otras
- 4°- Los requerimientos físicos y técnicos de la industria exigieron la tecnificación agronómica y el mejoramiento de calidades y de rendimientos de numerosos productos agrícolas como el algodón, la cebada, el trigo, el maíz, el arroz, la soya, la caña de azúcar, las maderas y otros que fueron y son insumos para fabricar alimentos y otros productos manufacturados
- 5°- El trabajo requerido por la industria permitió crear grandes números de empleos directos (“in plant”) y muchísimos más indirectos (“out plant”), de alta productividad, que, con ocasionales dificultades, pudieron hacer frente al caudaloso aumento de población joven que generó la “explosión demográfica” que vivió el país desde 1950 hasta 1985. El Informe Currie, en 1951, registró que por cada empleo dentro de las plantas industriales del país, existían siete puestos de trabajo, generados indirectamente, en otros sectores conectados con aquélla.

- 6°- La industrialización dinamizó la vida económica de numerosas ciudades del país donde antes ella no existía, pero donde surgieron fábricas nuevas o crecieron las existentes, como fueron los casos de Cartagena, Barrancabermeja, Buga, Ibagué, Sogamoso, Zipaquirá, Manizales y Pereira. Así mismo impulsó fuertemente la vida económica de otras ciudades menores donde ya desde 1920 había industrias incipientes, como Bucaramanga, Cúcuta, Armenia, y Palmira.

- 7°- Ese mismo proceso propició o demandó la creación de numerosas instituciones de servicio y de utilidad social, como universidades tecnológicas, escuelas técnicas, hospitales generales, carreteras de penetración, carreteras troncales, radiodifusoras, redes eléctricas, entidades financieras, laboratorios profesionales, cajas de compensación familiar, cooperativas de ahorro y crédito, instalaciones frigoríficas, mercados comunitarios, el SENA y sus muchas instalaciones, talleres de servicios técnicos, empresas de transporte, etc.

- 8°- La industria fabril y manufacturera promovió el avance social y económico de millones de colombianos y colombianas, nacidos en los estratos más bajos, para ascender a niveles socio-económicos de clases medias, cooperando activamente, así, antes del funesto puntillazo, a atenuar las abismales desigualdades que tradicionalmente han existido entre nuestros grupos desposeídos y nuestras élites privilegiadas.

9°- Fue la aparición y el surgimiento de fábricas lo que promovió, a escala nacional y como proceso histórico trascendental, la aparición del sindicalismo, la legislación laboral, la medicina laboral, el trabajo de la mujer, el subsidio familiar (fundado por los industriales antioqueños en 1954), el voto femenino y, en general, el proceso masivo e irreversible de democratización de la conservadora sociedad colombiana

En 1990 le cayó el puntillazo catastrófico a la industria colombiana. Por orden infame del Consenso de Washington y con la obsecuente cooperación de gobernantes cipayos colombianos, se privatizaron las empresas y los bancos del Estado, incluyendo las muy rentables. Se desmantelaron las instituciones oficiales de desarrollo económico: el Instituto Colombiano Agropecuario, el Instituto de Investigaciones Tecnológicas, el IFI y los bancos de fomento. Se arrasaron los aranceles aduaneros. A la agricultura la mutiló ese gobierno agostándola desde 4 millones de hectáreas cultivadas en 1990 a solo 3 millones, en un año. Se vendieron como baratijas las mejores empresas eléctricas del país. Se desarticulaban las Corporaciones Financieras regionales, que eran de lo mucho y muy bueno que hizo la Junta Militar en 1957. El IFI entró en proceso de desmonte regalando a manos rotas sus mejores activos, como eran Cerromatoso y la Planta de Soda, en medio de manejos tortuosos. Lo mismo se hizo con el Banco de Colombia, el Banco Cafetero, el Banco Ganadero, la Corporación Financiera Popular y el Banco Popular. Las muy rentables empresas generadoras eléctricas oficiales se dieron a precio “de quema” a rapaces inversionistas extranjeros que nunca habían hecho nada por Colombia. A los trabajadores se les recortaron sus derechos, sus jubilaciones y sus salarios. Los sindicatos y la legislación laboral casi desaparecieron. A la salud la convirtieron en un negocio crematístico y de codicia, sin normas éticas. Violentando el mejor espíritu liberal de los años 30’s y 40’s, y en el peor estilo servilista y medioeval, se creó el trabajo-mercancía mediante supuestas “cooperativas de trabajo asociado” para explotar el trabajo humano y despojarlo de sus prestaciones sociales. Fue como una danza macabra de mentes enloquecidas llenas de odio por lo bien hecho durante muchos decenios con el trabajo nacional y con los ahorros nacionales. Se llegó a grados de estupidez y de sordidez, y de ánimo perverso, en lo económico como cuando, en 1850, los “paleo-liberales” de entonces, encabezados por el funesto don Florentino González, arrasaron las tímidas aduanas de entonces, desatando una carrera

destructora contra nuestras incipientes fábricas de entonces, las que los gobiernos precursores de Santander, Márquez y Herrán, habían fomentado. La carrera destructora “liberal” de entonces duró 30 años y produjo un violeto retroceso económico, más concentración de la tierra y más injusticia social. Hubo que esperar hasta que el dictador civil Rafael Núñez la corrigiera con la sangre de la guerra de 1885, y exterminando en las mazmorras de Panamá a los arruinados, inconformes y derrotados artesanos colombianos. No lo digo yo. Lo dicen historiadores tan serios y respetados como Indalecio Liévano Aguirre y William McGreevey.

Desde 1991 hasta el fin del siglo se cerraron casi todas las fábricas textiles, muchísimas de calzado y de vestuario, y cantidades de medianas empresas químicas; así cerraron como las incipientes fábricas de equipo eléctrico y las de maquinaria mecánica. Se cerraron la otrora floreciente Planta de Soda en Zipaquirá, y 5 de las siete mayores siderúrgicas, y cientos de medianas industrias metal-mecánicas. Se redujo a la mitad el parque de plantas químicas de Mamonal; las fábricas que manufacturaban artículos de plástico o de caucho desaparecieron en su mayoría o fueron arrebatadas por monopolios extranjeros; la gran empresa Bavaria fue arrebatada por un mega-polio extranjero, evadiendo impuestos y burlando pecaminosamente la ley; Carbocol fue casi regalada en operación sombría a un poderoso trust extranjero. Luego lo sería Cerromatoso, una gran empresa mixta.

En 1991 ya era previsible que con la torpe e irresponsable política “neo-liberal” sobrevendría un gran colapso para la industria y para la agricultura. Así como era previsible entonces que la siguiente Ley 100 de 1993, causaría los funestos estragos que les ha producido en estos 20 años a los colombianos de niveles desposeídos. Unas pocas voces protestamos por escrito por tanta insensatez, y anunciamos lo que ha venido después, pero fue inútil. Las presuntuosas “clases dirigentes” estaban encantadas con la danza de los aprendices de brujo que gobernaban irresponsablemente a Colombia. Un mentecato de alto coturno y altos emolumentos, nos acusó de “retrógrados” cuando protestamos por el recorte del arancel aduanero desde 30 % promedio a 7 % de repente, en aquél año.

Durante el decenio final del siglo XX la economía colombiana podía haber entrado en una crisis fatal. No ocurrió así porque ya había un poderosísimo sector económico que generaba los 5 o más puntos porcentuales del PIB anual que pronto dejó de generar el declinante sector industrial. Este era el tráfico de marihuana y cocaína, cuyos proventos entraban al país como contrabando o en dineros “lavados” para edificar grandes edificios en las ciudades mayores. También ayudó el mercado de Venezuela, que en esos años se volvió un gran comprador de productos colombianos. Pero en 1997 y 1998 estalló la crisis económica de final del siglo, bajo un gobierno que persistió en el maligno asalto contra la industria y la agricultura nacionales.

Desde entonces, no han cesado de desaparecer fábricas enteras, o de convertirse en meras importadoras y distribuidoras de lo que antes producían; y de suprimir insumos colombianos para comprar insumos extranjeros, con un tipo de cambio sobre-valorado. Además, en los últimos años nos ha caído la roya de la producción china, con salarios de trabajadores esclavos, como son los de ese país, y con tipos de cambio extra-devaluados.

Hoy en día, el aporte porcentual del exangüe sector industrial colombiano a nuestro PIB es menos de la mitad de aquél 24 % que llegó a marcar cuando recibió el puntillazo en 1991, y este año de 2014 quizás no llegue a 11 %.

No todos los sectores fabriles que llegamos a tener fueron competidores mundiales en calidad. Pero la mayoría sí lo lograron. Tal fue y es el caso de sectores como el del vidrio, las fundiciones, el cemento, la cervecería, las manufacturas cerámicas, los textiles, la molinería, los alimentos manufacturados, las industrias madereras, los ingenios azucareros, el vestuario, las refinerías, varias químicas minerales, muchas para-químicas, las metal-mecánicas livianas, la siderurgia semi-integrada, y los aparatos eléctricos y electrónicos. Las que subsisten de ellas, fueron y siguen siendo eficientes y eficaces fabricantes de sus productos, aplicando serias normas de calidad Icontec.

En qué temas acertamos, a escala nacional, los colombianos, haciendo y desarrollando un sector industrial importante desde 1900 hasta 1990? La verdad es que sí acertamos en varios puntos-clave muy importantes

- En efecto: Acertamos bien haciendo esa industria con capital fundamentalmente nacional. Fueron pocas las empresas extranjeras que tuvimos, y menos aún las empresas que hubieran merecido el nombre de "La Disgrace" con que media América Latina llamaba a una estadounidense muy conocida en nuestro continente.

- Acertamos desarrollando sistemas eléctricos inicialmente regionales, e integrándolos posteriormente en un sistema de alcance nacional, lo cual, con algunos rezagos temporales, permitió abastecer de esa energía a todas las ciudades industriales. En 1951 la capacidad generadora en del país era de 259 Mega-vatios, y en 1991 se generaban 8.356 MW.

- Lo hicimos bien, transfiriendo a algunos cultivos industrializables (algodón, maíz, cebada, café, caña de azúcar, otros), parte de los notables aumentos de productividad que lograron varios los sectores industriales consumidores, y que fueron a mejorar el nivel de vida de amplias regiones agrícolas.

- Acertamos transfiriendo muchísimos elementos de la tecnología industrial a otros sectores como los ferrocarriles, el automotriz, las agroindustrias, el sector eléctrico, los acueductos, los servicios mecánicos y la minería, con lo cual éstos pudieron mantener un buen nivel de productividad y absorber cuotas cuantiosas de mano de obra.

Pero: en que cometimos errores haciendo nuestro desarrollo industrial ?. Es innegable que sí nos equivocamos en varios aspectos:

- 1. Erramos en que exportamos siempre muy poco de la producción industrial, debido, en parte, a que solo muy tardíamente los industriales y los gobiernos dejaron de demandar un dólar barato

- 2. Fallamos por omisión en que no se hizo control adecuado a algunas fuerzas monopolísticas que formaron oligopolios muy duraderos y severos en sectores como el cemento, el papel, el azúcar y otros alimentos

- 3. Se equivocaron nuestros industriales en que fueron muy remisos a abrir corrientes de comercio con el resto de América Latina, lo cual hubiera sido una gran fuerza propulsora de nuestros aciertos y correctiva de nuestros errores, sin los daños funestos que causó el puntillazo. Ellos vieron, sin inmutarse, que el gobierno “proto-neo-liberal” de 1974 a 1978 torpedeó el maravilloso proyecto del Grupo Andino, que hubiera sido, nuestro Mercado Común Suramericano.

- 4. Grave falencia fue no haber sido capaces de formar un sector fabril fuerte en la producción de bienes de capital, excepto por algo interesante que se logró en máquinas-herramientas y en equipos eléctricos medianos, pero que pronto fue barrido por “la apertura” neo-liberal

- 5. Poco o nada se atendió al tema crucial del tamaño óptimo de plantas, al instalar nuevas fábricas. Así se crearon grandes capacidades ociosas por largos períodos, con grandes desperdicios de capital, en casi todos los renglones industriales; y, por otro lado, se hicieron muchas plantas sub-dimensionadas, sin economías de escala, que eran anti-económicas. Muchas de las empresas víctimas del puntillazo de Gaviria se cerraron porque no pudieron sostenerse frente a la competencia externa debido a sus altos costos unitarios de producción, atribuibles a una u otra de estas situaciones anti-económicas, adversas y extremas.

Qué debimos haber hecho y no hicimos? Hay que reconocer que dejamos de hacer varias grandes tareas industriales, muy necesarias, muy factibles y muy obvias:

- a) Debiéramos haber creado, desarrollado y exportado una vasta y variada industria de productos carbónicos, para lo cual teníamos los únicos y los más aptos carbones de Latino América, con más de 7 mil millones de toneladas medidas. En este sentido, debiéramos haber llegado hasta producir gasolina de carbón, como lo saben hacer en Alemania desde hace 100 años y lo hacen hoy en Sur África. No hicimos nada, en absoluto.

- b) Era necesario y era posible crear, desarrollar y exportar una fuerte industria forestal, maderera y papelera, para lo cual tenemos millones de hectáreas apropiadas, climas aptos y aguas en cantidades. Hicimos poquísimos. Podíamos haber hecho cien veces más, porque un bosque colombiano es explotable en 15 y 20 años y uno finlandés, sueco, o chileno, necesita 40 o 60 años para rendir su madera.

- c) No supimos o no quisimos producir materias primas tan necesarias y tan factibles en el país como caucho natural, lana, cacao suficiente, ferro-minerales, arrabio de hierro, lino, cobre, cebada suficiente, dinamita, metales no-ferrosos, urea, nitrato de amonio, proteína vegetal comestible, gas metano de carbón, papel periódico, cobre, alúmina, cuprita, etc., que le hubieran dado una fuerte base económica a industrias que siempre hubieron de importar esos materiales como insumos.

- d) Excepto en el caso del azúcar, hicimos muy poco en industrializar muchos productos agrícolas que eran y son fuente abundante de productos industriales, como son: el maíz, el arroz, la yuca, las oleaginosas, el tallo del banano, los agaves, el caucho natural, la madera del café y los carbones vegetales.

Digámonos ahora: “Qué debemos hacer”?

Ante todo: Es imperioso recuperar cuanto antes, y a escala nacional, la conciencia colectiva fundamental de que el Estado debe reasumir su obligación ético-política e histórica de ser el primordial promotor del desarrollo económico del país, con cuatro grandes objetivos estratégicos e históricos: 1) generar empleo

suficiente, bien calificado, bien remunerado y socialmente protegido; 2) maximizar el aprovechamiento de nuestros recursos naturales, vivos y minerales, con altos valores agregados; 3) activar a fondo y elevar el nivel científico y tecnológico del país por la vía del desarrollo industrial endógeno; y 4) democratizar y universalizar la propiedad empresarial.

A corto plazo también hay que emprender cuanto antes cinco tareas correctivas indispensables para problemas que la dogmática fundamentalista “neo-liberal” ha creado, que ésta se niega a resolver, o que no sabe como hacerlo: a) revalorizar el tipo de cambio con una tasa estable; b) fundar el Ministerio de Industrias, dotado con una efectiva capacidad promotora y planificadora; c) renegociar sin sumisiones vergonzosas dos o tres TLC; c) preparar en Planeación Nacional y en las correspondientes oficinas regionales, sendos inventarios de vocación industrial para las doce regiones promisorias del país ; d) salvar de la extinción, en un plan de emergencia, a sectores que están al borde de desaparecer, como el de cuero y calzado, la siderurgia, las llantas de caucho, varios renglones auto-partistas, y tres o cuatro más, y e) industrializar eficaz y eficientemente nuestras regiones donde no lo hicimos en el pasado, como son el Chocó, el hinterland de la Costa Caribe, el Tolima Grande, el bloque Cauca-Nariño y la Alti-Ilanura Orinoquial.

Esto requeriría construir y poner en juego cuatro grandes instrumentos de gobierno y de política económica con imaginación y sin prejuicios dogmáticos (como los de los neo-liberales) : a) reconstruir una capacidad planificadora del Estado nacional que el puntillazo Gaviria destruyó en 1990; b) constituir, como entidad público-privada una vigorosa corporación nacional de fomento fabril, no para comprar empresas privadas en quiebra, sino para apalancar nacientes empresas medianas y grandes; c) reconstruir el arancel aduanero con tarifas efectivas que sean sanamente estimulantes para el fabricante colombiano, pero contra condiciones de altas productividades, altas componentes de valor agregado nacional, y amplio empleo de mano de obra; y d) preparar por universidades escogidas del país, cada año, 10 o 20 proyectos factibles y viables de gran escala para industrializar el carbón, el gas natural, las calizas, los gases industriales, los ferro-minerales, los sucro-derivados, los bosques artificiales, los minerales cerámicos, la sal mineral, la sal marina, y el cobre, porque de todo esto tenemos a rodo; así como para industrializar la caña de azúcar, el caucho natural, la madera de las zocas del café, y la madera forestal que podríamos producir en grandes cantidades; a más de muchos otros proyectos de fábricas medianas y pequeñas, tradicionales o nuevas, asociadas con la vocación económica de las distintas regiones del país. Precisamente estas fábricas medianas y pequeñas necesitan y merecen apoyos especiales y específicos, máxime ahora cuando los desafortunados TLC amenazan su indispensable existencia.

Recordemos que las escombreras de las viejas minas de oro de socavón contienen millones y millones de toneladas de minerales concentrados de oro, plata, hierro, cobre, plomo, zinc, estaño, molibdeno y antimonio, que con procesos relativamente sencillos podrían ser los insumos para que varias plantas poli-metalúrgicas en varios sitios del país, produjeran esos metales a gran escala industrial y a bajísimos costos. Colombia tiene en este recurso una inmensa riqueza ignorada pero al alcance de la mano, que podría dar lugar a dos o tres grandes complejos poli-metalúrgicos, situados en sitios centrales de los valles del Magdalena y del Cauca.

Entremos también a fondo, con decisión pero con alta selectividad y fuerte preparación técnica, en la construcción de maquinaria y equipo eléctrico, electrónico, mecánico, ferroviario, automotriz, textil, y de máquinas-herramientas, para lo cual tenemos, sin duda, los ingredientes esenciales, que son: excelente ingeniería, buenos diseños, manos hábiles y obreros inteligentes.

Reindustrialicemos vigorosamente a Colombia, pero con base en sus materias primas autóctonas y en sus ventajas técnicas y humanas; sin subsidios ni barreras protectoras artificiales; sobre una moneda estable pero competitiva, y con fuertes componentes de insumos y de valores agregados nacionales, en procesos con alta tecnología. Esto podría dar pie, además, a muy importantes programas de investigación científica y de desarrollo tecnológico e innovación, que en el pasado no hicimos.

Si seguimos dejando periclitarse nuestras industrias, corremos el riesgo de regresar a un escenario de atraso como el de hace muchos años, convertidos en un país caribeño de casinos y garitos, en una colonia subalterna como Puerto Rico, o en un mero "trade center" de dinero y de esclavos como Singapur. O de convertirnos, simplemente, en un país fallido. Pero si corregimos resueltamente el mal rumbo de hoy, y emprendemos una re-industrialización a tono con este siglo, nuestros sucesores podrán vivir en un país económicamente pujante, socialmente equitativo, políticamente progresista y civilizadamente en paz.

Muchas gracias por su atención.